

mismo que para los cristianos, más que una preparacion á la vida futura. ¿Es esta preparacion ménos santa? «Bienaventurados los creyentes que oran con humildad, que evitan las cuestiones con los demas hombres, que dan limosnas, que observan las leyes de la castidad!» (1). Hasta los enemigos del mahometismo confiesan que la oracion es más ferviente, más séria entre los musulmanes que entre los cristianos. La peregrinacion y el ayuno no son actos exteriores; nada más contrario á toda ceremonia que el islamismo: «La mejor provision para la peregrinacion es la piedad. No consiste la virtud en que dirijais vuestras miradas al Oriente ni al Poniente; son virtuosos aquellos que creen en Dios, que socorren á sus prójimos, á los huérfanos, á los pobres y á los cautivos por amor de Dios; que rescatan á los cautivos; que sufren con paciencia las adversidades» (2).

Los enemigos del islamismo no han encontrado expresiones bastante viles para censurar el paraíso de Mahoma: «Es, dice un abate, la obra de aquellos espíritus inmundos que piden á Cristo permiso para meterse en los puercos» (3). Verdaderamente, da ganas de decir con *Gibbon* que hay envidia en esta indignacion. El docto *Reland* ha probado ya que se calumniaba á Mahoma al pretender que «su paraíso no consiste más que en los placeres»; la felicidad mayor prometida á los escogidos consiste en la vision de Dios (4). Verdad es que, para la generalidad de los creyentes, tienen más atractivo las huries de ojos negros que una felicidad espiritual que el hombre no puede comprender. Los apologistas de Mahoma han querido traducir en símbolos los cuadros materiales de su paraíso (5). Creemos que esto es dar una falsa idea del mahometismo. El islamismo no es una ley para monjes y anacoretas; toma al hombre tal como lo ha formado Dios, y en lugar de mutilar la creacion, sátsface todas las necesidades de la natura-

de los anacoretas musulmanes iguala á la de los cristianos» (*De los efectos de la religion de Mahoma*, p. 182. Memoria premiada por el Instituto).

(1) *Coran*, xxiii, 1-5.

(2) *Revista de Oriente*, t. iv, p. 223.—*Coran*, II, 133, 172.

(3) ROHRBACHER, *Historia de la Iglesia católica*, t. x, p. 31.

(4) PRIDEAUX, *Vida de Mahoma*, p. 25.—RELAND, II, 17.—SALE, sec. IV, página 503.

(5) CHODZKO, en la *Revista de Oriente*, t. v, p. 50.

leza humana. Podriamos censurarle el dar demasiada importancia al cuerpo, pero esto importa poco; lo principal es la idea y no la forma que ha tomado en el mahometismo. En este sentido decimos que el islamismo, tan censurado, es superior al cristianismo. La concepcion del paraíso cristiano es tan falsa como la concepcion cristiana de la vida presente. Para los cristianos, el cuerpo no es el instrumento del alma, sino su enemigo; tratan de dominarlo, de aniquilarlo. Es verdad que le hacen resucitar, pero aquí se une la contradiccion al error; ¿qué hacen con el cuerpo, con sus órganos, con sus funciones en el cielo? Las anulan; entónces, ¿de qué sirve el cuerpo? La opinion de Mahoma es más exacta, es la del mosaismo y del mazdeismo. El cuerpo ha de resucitar, y esto ha de ser para continuar con más perfeccion la vida terrestre. Tal es la idea que hay en el fondo del paraíso de Mahoma; prevalecerá en el porvenir sobre la creencia cristiana: la vida futura es una vida á la vez material é intelectual, lo mismo que la vida de este mundo, pero una vida que va perfeccionándose hasta lo infinito.

### § III.—Influencia civilizadora.

Se niega que el mahometismo haya ejercido una influencia civilizadora: «La cuna misma del islamismo, dice un escritor católico, es hoy lo que era ántes de Mahoma; los Arabes han vuelto á su antigua vida de bandolerismo y de pillaje, como si no hubiese existido el profeta. En Oriente la conquista musulmana ha destruido lo que quedaba de las antiguas civilizaciones; el Africa ha vuelto á caer en la barbárie; la Europa misma ha tenido que suspender la obra de su regeneracion para luchar contra la invasion de estos nuevos bárbaros. Una dominacion mortífera se ha extendido por la mayor parte del mundo, por los países más favorecidos por la naturaleza, no para infiltrarles una sangre nueva, como han hecho los Bárbaros del Norte, sino para detener todo progreso en la apatía de la fatalidad» (1).

(1) CANTÚ, *Historia Universal*, t. VIII, p. 95, 97.

Más adelante veremos si la civilización árabe merece el desprecio que se le prodiga. Verdaderamente se necesita una extraña ceguera para negar los beneficios que la humanidad debe á estos pretendidos Bárbaros del Oriente. ¿Cómo ha podido olvidar el autor de una historia universal que el renacimiento de la filosofía, de la literatura y de las ciencias se debe á los trabajos de los Árabes? Estos Bárbaros, á quienes se acusa de haber detenido todo progreso, han sido el instrumento del progreso, áun para nosotros, hombres del Occidente, que los despreciamos hoy desde lo alto de nuestra grandeza intelectual. Miétras la Europa estuvo sumida en las tinieblas de la barbárie, reinaba en Bagdad y en Córdoba una brillante civilización. Se calumnia, pues, al islamismo al decir que ha sido un obstáculo para toda cultura. Si la civilización árabe se ha detenido, no tanto debe imputarse á la doctrina religiosa como á los pueblos que han reemplazado á la raza árabe y que no estaban tan bien dotados como ella por la naturaleza. Si nuestra civilización es superior á la del Oriente, no somos deudores de ello sólo al cristianismo; véase lo que ha llegado á ser el imperio griego bajo la dominación exclusiva de la religión cristiana. Hay en toda civilización un elemento de nacionalidad que el historiador debe tener en cuenta: bajo este punto de vista es como debe juzgarse el islamismo y apreciarse su influencia. ¿Es superior el islamismo á la idolatría árabe, al fetichismo del Africa, á la decrepitud bizantina, á la decadencia persa é india? La respuesta á estas preguntas es la justificación providencial del mahometismo.

No hacemos al islamismo la injuria de compararle con el fetichismo africano. «Mahoma, dice *Leibnitz*, no se separó de los grandes dogmas de la teología natural; sus sectarios los extendieron entre las naciones más apartadas del Asia y del Africa, adonde no había sido llevado el cristianismo, y abolieron en muchos países las supersticiones paganas, contrarias á la verdadera doctrina de la unidad de Dios y de la inmortalidad del alma.» Preténdese que la influencia del Coran no fué más que momentánea, que la Arabia ha vuelto á ser lo que era anteriormente. Examinemos los hechos. Antes de Mahoma, cada tribu tenía su divinidad particular; bajo la figura de algunos de sus ídolos,

adoraban los árabes á los ángeles, que imaginaban ser del sexo femenino, y á quienes llamaban las hijas de Dios; otros tenían por dioses grandes piedras sin labrar; la Caba de la Meca era como el Panteon de los Arabes; habia en ella más de 360 divinidades. La creencia en los genios, en la magia, en la adivinación, acompañaba á la idolatría árabe, como á todo politeísmo (1). A veces, en circunstancias solemnes, el culto se hacía sanguinario; los padres inmolaban á sus hijos (2). Despues de la toma de la Meca, Mahoma declaró una guerra á muerte á los ídolos; él mismo, visitando la Caba, dió á aquellas falsas divinidades con un palo que tenía en la mano, diciendo: «La verdad ha venido, desaparezca la mentira.» Al instante cayeron rotas en pedazos. Habia en la Arabia otros templos respetados por los idólatras; fué preciso emplear la fuerza para destruirlos; los más célebres guerreros musulmanes, Alí, Khalid, se ilustraron en aquella guerra ántes de vencer á los Griegos y á los Persas (3). Ahora bien, ¿es cierto que el estado actual de la Arabia es el mismo que ántes de Mahoma? ¿Se adoran todavía los ídolos? ¿Se les sacrifican todavía víctimas humanas? ¿Inmolan todavía los padres á sus hijos? La vida nómada con el bandolerismo subsiste, pero se debe á la naturaleza del desierto; áun cuando los Beduinos fuesen cristianos, seguirian siendo siempre Beduinos.

¿Hay más razon para acusar á los Árabes de haber destruido las antiguas civilizaciones del Oriente? Estas palabras venerables de antiguas civilizaciones ilusionan acerca del estado real de la Persia y de la India en tiempos de la conquista mahometana. Lo hemos dicho ya: la religion de Zoroastro, degenerada, corrompida, satisfacía tan poco á los espíritus, que se habian abierto paso reformas radicales y habian encontrado apoyo en el sacerdocio y hasta en el trono. La unidad de Dios habia desaparecido en el dualismo de los magos; al predicarla con las armas en la mano, los Árabes fueron para los Persas verdaderos reveladores. En cuanto á la India brahmánica, habia arrojado de su seno la reforma boudhista;

(1) PERCEVAL, *Historia de los Arabes*, I, 348, 270, 350.—SALE, I, p. 471.

(2) HYDE, *de Relig. veter. Persar.*, p. 30.—SALE, V, p. 516.

(3) PERCEVAL, t. II, p. 230, 232, 241.

su *antigua civilización* se reducía á conservar la más profunda de las iniquidades sociales, las castas. El Coran enseñó á los Indios la unidad original de la raza humana; bajo su influencia surgieron sectas que reivindicaron la libertad y la igualdad para todos los hombres (1).

¿No ha encontrado el islamismo en el Oriente más que *antiguas civilizaciones*? Ha encontrado Bárbaros á quienes en vano habian tratado de convertir el budhismo y el cristianismo, y que llegaron á ser el elemento más vivaz del mahometismo. Algunas tribus de los Turcos adoptaron el budhismo, pero la masa de la nacion lo rechazó; á aquellos hombres materialistas, activos, ávidos de goces y de poder, convenia muy poco una fe metafísica, la contemplacion, el *nirwana* (2). No les convenia más el cristianismo; todo lo que recibieron de los monjes nestorianos fué algunas letras para completar su alfabeto. Necesitaban una religion de este mundo, una religion de conquista y de goces inmediatos, el sable como instrumento de predicacion. El Coran impuso sus máximas con una facilidad y una rapidez maravillosas á aquellas hordas salvajes; el islamismo empezó por halagar sus apetitos materiales, y acabó por moralizarlas (3).

Las victorias del islamismo en el Oriente inspiran sin embargo un sentimiento involuntario. Hemos asistido á las elocuentes predicaciones de San Crisóstomo, hemos admirado los prodigios de caridad de San Basilio, hemos seguido á San Agustín en sus profundas discusiones sobre la naturaleza del hombre y sus relaciones con Dios; allí donde habian brillado la elocuencia, la filosofía y la caridad cristianas, apénas encontramos un recuerdo de Cristo; algunas sectas oscuras, segregadas del cuerpo de la Iglesia, hé aquí lo que queda del cristianismo oriental. Pueden explicarse las conquistas del islamismo sobre el Evangelio, pero siempre ha fraca-

(1) La religion de los Sikhs es una tentativa de conciliacion de las concepciones indianas con el islamismo, pero dominan en ella las ideas mahometanas: unidad de Dios, sin culto de imágenes, igualdad de los hombres, abolicion de las castas (BENFEY, en la *Encyclopédie d'Ersch*, sec. II, t. XVII, p. 207).

(2) Los bonzos, decian los Turcos, no predicán más que la paciencia, la humildad y el desprecio del mundo; esta religion no es propia para héroes (GIBBON, c. 42).

(3) *Enciclopedia nueva*, en la palabra *Turcos*, t. VIII, p. 565.

sado la esperanza de volver á ganar el terreno perdido; esta pérdida parece irreparable; ¿debemos deplorarla en interes de la humanidad? El cristianismo pereció en Asia, sin que se pueda decir que lo hayan destruido los Árabes. La conquista extendió su creencia, las victorias le sirvieron de misiones; pero jamas obligaron los vencedores á los vencidos á abrazar la fe de Mahoma. Así que, si desapareció el cristianismo fué porque los cristianos dejaron voluntariamente el Evangelio por el Coran; podrá atenuarse el hecho de su apostasia, pero siempre será cierto que no debia tener el Evangelio raíces muy profundas en sus corazones, puesto que lo abandonaron sin violencia y sin lucha. ¿No será porque la religion de Mahoma se adaptaba mejor á los hombres del Oriente que la de Cristo?

La Iglesia griega no habia llegado, ni aún en los tiempos de su mayor esplendor, á transformar las costumbres del Oriente. Á los que conservasen alguna duda sobre esta impotencia, les recordaremos las dolorosas invectivas de Crisóstomo y de Efremio contra la corrupcion de su tiempo. ¿No habian de acoger aquellos hombres sensuales un culto que les permitia la satisfaccion de sus gustos, y huir de una religion que les anunciaba la condenacion por aquellos mismos goces? Las pérdidas del cristianismo y las victorias fáciles del islamismo atestiguan que el Coran era más apropiado á los pueblos del Oriente que el Evangelio. El cristianismo no ha tenido nunca allí más que un brillo ficticio, debido á algunos bellos genios que ilustraron el helenismo moribundo. Aun cuando los Árabes no hubiesen salido de sus desiertos, la religion de Cristo no hubiera tenido en Oriente más que una existencia sin gloria y sin fruto. El cristianismo griego de Constantinopla debe consolarnos de la ruina de las iglesias en que predicaba *Juan Boca de Oro*.